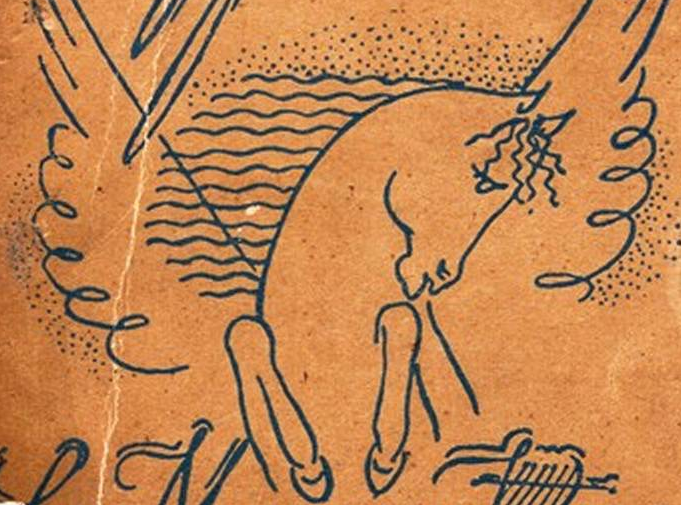
BN
861.3
438s
e.2

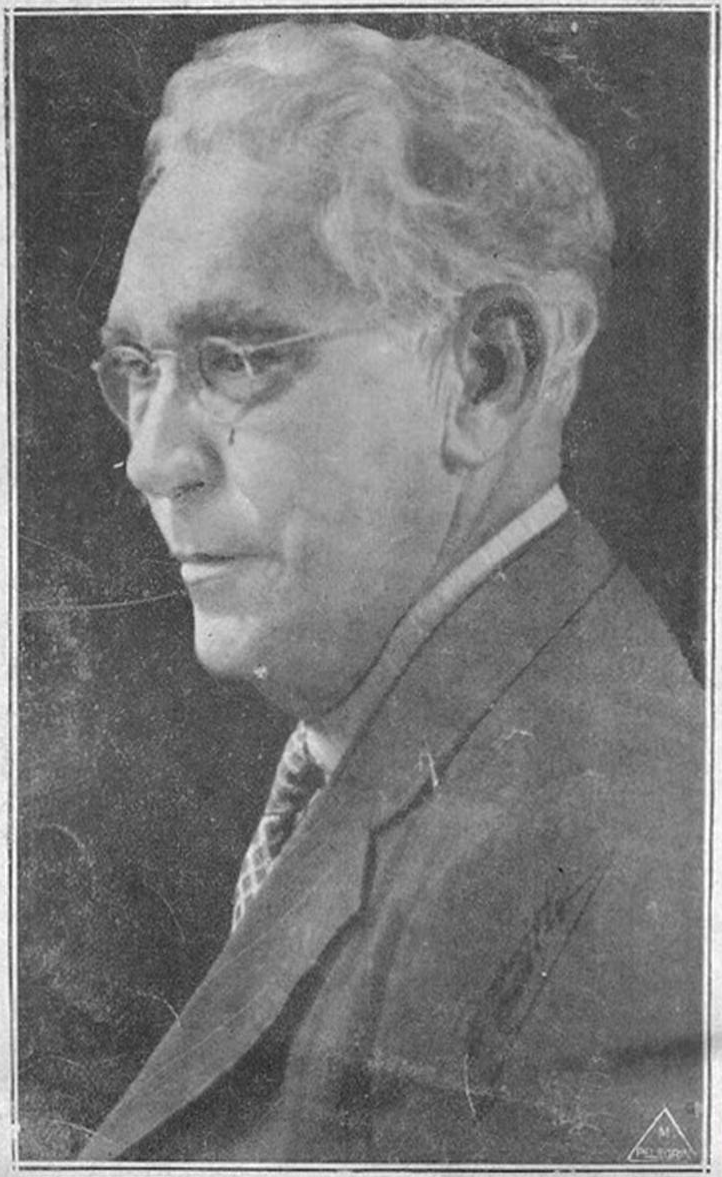
Julio Fiallo



Sus Mejores Versos

BV
61.3
m

EDITORIAL EL DIARIO SANTIAGO D.I.



Fabio Fiallo

Al siempre muy querido
Maestro Don Fed
Con mi homenaje en la pag. 130

Sus Mejores Versos

Fabio Fiallo

18 Marzo 1938

EDITORIAL EL DIARIO
Santiago, República Dominicana
1938

BNPHU

9147-10

BNPHG
PD-RV
RD861.3
F438M

Es propiedad del autor,
con los derechos de ley.

B 7
RD 361-3
F 428 c
c. 2

EXALTACION LIRICA
DE FABIO FIALLO

Por Francisco Villaespesa

Para llorar lo estéril de tus sueños amantes
dentro de tu saudosa quietud de solitario,
en el oro del verso, igual que en un rosario,
tus lágrimas engarzas como claros diamantes.

O con los ojos fijos en visiones distantes,
arrodillado a solas, como en un santuario,
consumes en las rojas ascuas de tu incensario
la mirra de tus líricas primaveras fragantes.

Fabio: qué importa el tiempo, las penas y el hastío,
ver las ánforas rotas y el corazón vacío,
si en la Verona eterna de tu alma de poeta

aun a la luna sangran los granados en flor,
y en su balcón de ensueño palidece Julieta
mirando a las estrellas y oyendo al ruiseñor.

018675

BNPH

Fabio, la vida es lucha, es zarpazo, es violencia,
asechanzas de buitre y asaltos de felino...
Es ceniza la estéril manzana de la Ciencia
y el Amor envenena las fuentes del camino.

Tú has deshilado el viejo tapiz de la existencia
y lo hallaste en tu examen miserable y mezquino,
por eso amas tus sueños y vendimias su esencia
en el lírico encanto de tu vaso de vino!....

Tus pupilas han visto la verdad y el espanto,
se han bañado de gloria y han naufragado en llanto...
Tus oidos oyeron todas las armonías,
y tus manos rasgaron todas las suavidades,
por eso en el crepúsculo sollozan tus poesías
nostálgicas de ensueños y enfermas de saudades.

Sigue, lejos del mundo, lírico jardinero,
de tu huerto de Otoño cultivando las rosas....
A la luz de la luna resplandece el sendero
y se animan los cándidos mármoles de las diosas.

En cada fuente tiembla la perla de un lucero
y un ruiseñor insomne, sobre todas las cosas,
oculto en la blancura nupcial de un limonero,
desgrana los suspiros de sus flautas gloriosas....

Prosigue, jardinero, en tus parques reales,
cultivando tus sueños cual si fueran rosales,
y oyendo en los silencios de la nocturna calma,

mientras su plata viva lloran los surtidores,
al milagroso y dulce ruiseñor de tu alma
que idealiza el recuerdo de tus viejos amores.

PRIMAVERA
SENTIMENTAL

ESQUIVA

Nunca su mano se posó en mi mano,
nunca gocé su cándida sonrisa,
y el murmullo que debe ser su acento
ni una vez refrescó mi oculta herida.

Cuando el azar la pone en mi sendero,
ella me esquiva, casta y temblorosa,
y yo finjo no verla, en mi cuidado
de no causarle la menor congoja.

Mas, cuando voy ya lejos en mi ruta,
siento detrás de mí volar sus ojos,
cual dos abejas que su dulce carga
vinieran a dejar sobre mis hombros.

MISTERIO

A Camila Henríquez Ureña.

Flota su imagen pensativa y casta
en mis versos de amor,
como flota en los pétalos de un lirio
perfume embriagador.

Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira
su nombre vibrará.

Sólo al morir revelaré el misterio
que guarda el corazón.
Sólo al morir... cuando en mis labios sea
su dulce nombre mi postrer canción!

EN EL ATRIO

Deslumbradora de hermosura y gracia,
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron,
menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.

Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
ay, todos menos yo!

FOR EVER

Cuando esta frágil copa de mi vida
que de amarguras rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
ruede en pedazos, no lloréis, amigos.
Haced en un rincón del cementerio,
sin cruz ni mármol, mi postrer asilo,
después, oh, mis alegres camaradas,
seguid vuestro camino.
Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!

SAETA

Hendió los aires la mortal saeta
y clavóse en mitad del corazón,
tan hondamente que al volar el alma,
voló partida en dos.

INMORTALIDAD

A la mansión oscura de la muerte
llegaré antes que tú, quizás mañana;
y moriré sin que mi beso anide
en el fondo de tu alma.

Sin esa dicha moriré inconforme,
mas, no sin esperanzas,
que tú también a la mansión oscura,
pronto habrás de llegar, tal vez mañana

Entonces, despertando de mi sueño,
te acercaré a mi tumba solitaria.
Qué novia más gentil cuando te mire
de novia en tu mortaja!

Y entonces, cuántos besos en los ojos
que tuvieron tan pérfidas miradas!
Y cuántos en los labios embusteros!
Y cuántos en el alma!

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO

RIMA PROFANA

La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y, como un piano sonoro,
suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón.

Sugestiva y elegante
toca apenas con su guante,
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante
con fragancia de azahar.

Luego, ante el ara se inclina,
donde un Cristo de marfil
que el fondo oscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.

Mirándola, así, de hinojos,
siento invencibles antojos
de interrumpir su oración,
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.

ES EL AMOR QUE LLEGA

Ese rumor extraño
que en tu alcoba resuena,
y ora es arrullo de aves
que en la sombra se besan,
ora es canción dulcísima,
ora es risa, ora es queja,
y a veces te acongoja,
y otras veces te alegra....
Ese rumor que súbito
de noche te despierta,
con la nívea garganta
de suspiros repleta,
la impresión en los labios
de otros labios que queman,
y cercadas de sombras
tus pupilas inmensas....
Mientras corren tus lágrimas
por un ansia secreta
que tú misma no sabes
si es de gozo o tristeza:

Ay, si es dicha, qué amarga!
Ay, qué dulce si es pena!....
Ese rumor extraño
es el amor que llega!

PLENILUNIO

Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo:
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.
Y la dije.... No sé lo que la dijo
mi temblorosa voz.....
En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó.
Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?....
Guarda, oh luna, el secreto de mi alma!
Cállalo, ruiseñor!

ORIFLAMA

Deja que en tu sedosa cabellera
hunda, amoroso, mis febriles manos;
que sacuda sus ondas y a los vientos
esparza su perfume delicado.

Revuelta así, en espléndido desorden,
por la impaciencia de mi ardiente halago,
me la figuro un pabellón altivo
en lo más recio de la lid flotando.

Mañana, muerto al fin, mas no vencido,
caeré sobre la arena en que batallo,
y sentirán, tal vez, honda alegría
no solamente en el opuesto bando.

Como tu imagen vive en mis retinas,
porque no salga apretaré los párpados;
y aún después del último suspiro
encontrarás un beso entre mis labios.

Para entonces, ¡oh. amada!, sólo quiero,
de mi constante abnegación en pago,
que ese pendón de tu cabello undoso
me envuelva como un lírico sudario.

ROSAS Y LIRIOS

Se habló de la hermosura de las flores
y fué, cual siempre, el opinar distinto:
los unos aclamaron a las rosas,
los otros a los lirios.

Yo pensé, oh mi adorada! en tus mejillas
que una risueña juventud colora;
pensé en los besos que les dí una tarde,
y dije: amo las rosas.

Mas, luego, recordé tu frente pálida;
tu frente que, más pura que el armiño,
anida mariposas, tus ensueños,
y estuve por los lirios.

NO CUENTES A LAS FLORES

Los odios que de muerte me persiguen
y en la sombra sus dardos me disparan,
atónito están, pues no se explican
la resistencia indómita del alma.
Oh, mi hermosa! no cuentes ni a las flores
nuestra pasión callada;
nadie sospeche la discreta sombra
que en la noche discurre por tu casa.
Y que sigan los odios ignorando
por qué mi joven alma,
de muerte herida al descender la noche,
se ostenta al nuevo sol alegre y sana.

LOS ODIOS

Han logrado por fin los negros odios
sorprender tu secreto, oh, mi adorada!
y por vencerme, en su prisión me arrojan,
la más infecta, lóbrega y aciaga!

Yo soy poeta delicado y triste,
la lobreguez y la humedad me matan....
Qué alegres estarán los negros odios,
qué alegres con su hazaña!

En la silente noche, cual reptiles,
los escucho arrastrarse a mi ventana,
para atisbar tras los barrotes férreos
la última escena del siniestro drama.

Y sorprendidos quédanse los odios
al ver, a la mañana,
más que nunca risueño mi semblante,
y mi sonrisa, más que nunca, plácida.

¿Lo sabes tú?.... Para vencer las sombras
y la humedad de mi prisión insana,
digo tu nombre y se perfuma el aire,
tu faz evoco y aparece el alba!

EN MI CELDA

No cuentes con tus ojos,
oh, niña! cuando duermas,
pues, apenas el sueño con sus alas
acaricia tu sien, ellos te dejan.

Y vienen a la celda oscura y triste,
donde a solas habito con mis penas,
iluminan el ámbito, y parecen,
allí, frente a mi lecho, dos estrellas
que radian en la noche tempestuosa
sobre la mar inmensa.

ALAS ROTAS

La cárcel?—Sí; muy triste,
como cualquier recinto
en donde tú, mi amada,
no estés siempre conmigo.

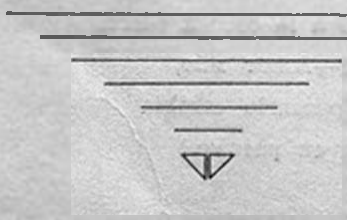
Que si a la oscura cárcel
vinieras?—Amor mío,
sólo el pensarlo cambia
mi celda en paraíso!

QUIEN FUERA TU ESPEJO!

Cuán féliz es el sol! En las mañanas
por verte su carrera precipita,
a tus balcones llega, y en tu alcoba
penetra por la abierta celosía.

Al blando lecho en que reposas, sube,
a tu hermosura da calor y vida,
tórnase ritmo en tus azules venas,
y epigrama de luz en tus pupilas.

Mas, yo, no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama, alegre, cuando estás delante,
y al punto que te vas de tí se olvida.



TRISTEZAS DE UN AMANECER

HEBE

Sé que esta copa de cristal brillante,
brillante cual los ojos del chacal,
guarda un filtro que mata lentamente,
como mata el pesar.

Pero lo escancia tan querida mano,
mano de tal perfume y gracia tal,
que de mis labios la brillante copa
nunca podré apartar.

Y cuando el ángel de la muerte venga,
venga mi frente pálida a besar,
y en mil pedazos por el suelo ruede
mi copa de cristal.

Quién pudiera otra vida más hermosa,
hermosa cual mi muerte, comenzar,
y sonriendo a la dulce victimaria
beber de nuevo el tósigo mortal!

TU NOMBRE

Oh, tú, cuyo nombre dulce
guardo oculto, por temor
de que en mis labios resuene
como una profanación!
Bien sabes que si ese nombre
nunca digo en alta voz,
mil veces mil, lo repito
en mi callada oración,
Cuando, a solas, me prosterno
ante aquél que floreció
de estrellas la noche umbría,
y puso en mi alma tu amor.

¿QUE ME DICEN TUS OJOS?...

¿Qué me dicen tus lindos ojos tristes,
tan cargados de sombras, oh adorada!,
que en la noche me basta su recuerdo
para llenar mi corazón de lágrimas?

¿Qué me dicen tus lindos ojos tristes,
en su silencio, lleno de palabras
tan leves, que el oído nunca advierte
cuando se adentran en mi oscura entraña?

Tal dos aves que buscan su refugio
en un agrio peñón de oculta playa,
y en su áspero nidal, en vez de cánticos,
alzan al cielo súplicas calladas.

NOCHE DE FIESTA

Es la alta noche. En el suntuoso baile
el cetro de la gracia y la belleza
luce, entre cien rivales envidiosas,
la amada preferida del poeta.

En su redor la turba de galanes
gozosa gira y sin cesar la asedia;
elogian unos su gentil donaire,
alaban otros su hermosura espléndida.

Ufanos por servirla y presurosos
la abruman con obsequios y finezas;
éste, el champagne incitador le brinda,
aquél le ofrece perfumado menta.

Y mientras clava el áspid de los celos
su diente en las entrañas del poeta,
que en un rincón de la esplendente sala,
pálido, atisba la galante escena.

Ella, que tiene el arte no aprendido
de fingir amorosas preferencias,
se excede en la sonrisa con que halaga,
se extrema en la mirada con que besa.

Sus besos, sus miradas, sus sonrisas....
Quién diluirlos en licor pudiera,
y hacer un tósigo incitante y grato
como champagne o perfumada menta!

Y allí mismo, ese néctar delicioso,
síntesis de caricias que envenenan,
ofrecerlo con plácida sonrisa
a la reina triunfante de la fiesta.

Y en medio a sus rivales envidiosas,
en medio a los galanes que la asedian,
verla caer desencajado el rostro,
y entre espantosas convulsiones, muerta!

IMPOSIBLES

Para grabar mi nombre en una roca,
dame tu rayo, dije al huracán.
—Esa roca es el pecho de tu amada,
penetrarle mi dardo no podrá.

Para romper las sombras de un abismo,
al sol le dije, dame tu fulgor.
—Ese abismo es el alma de tu amada,
mi luz no puede tanto, dijo el sol.

Para abrasar un corazón de hielo,
dame el infierno, a Satanás clamé.
—Tu amada? Vano intento en que otras veces
ya hube de fracasar, dijo Luzbel.

FUE UN BESO

Fué en sueños que una vez tus níveos brazos
enlazaron mi cuello,
y que en mi boca tu rosada boca
dejó el más dulce beso.
Ay! fué un beso no más y un solo abrazo,
y todo un breve sueño;
sueño que tuve cuando tú eras núbil,
y yo bravo mancebo.
Después, mil y mil bellas me besaron;
mas, palpitante y fresco
y único, en mis labios sólo vive
aquel soñado beso.

AMARGURA

Ensancha el sol sobre la enhiesta cumbre
su disco fulgurante,
y finge el rojo de su roja lumbre
la gigante pupila de un gigante.

Esquiva la violencia de sus dardos
la vaporosa niebla,
puéblase el aire con olor de nardos
y con arpegios de turpial se puebla.

Quién sus hondas tristezas arrancara
del corazón en tan hermoso día,
y al sol las arrojara
para apagar su impúdica alegría!

ASTRO MUERTO

La luna, anoche, como en otro tiempo,
con una nueva amada me encontró;
también anoche, como en otro tiempo,
cantaba el ruiseñor.

Si como en otro tiempo, hasta la luna
hablábame de amor,
por qué la luna, anoche, no alumbraba
dentro del corazón?

NOCTURNO

Al llegar a su alcoba,
glacial y solitaria,
la engañosa careta
a pedazos arranca,
y queda al descubierto
aquella faz tan pálida
que entre los muertos mismos
honda impresión causara.

Vibra al principio trémula
en sus manos el arpa,
con un preludio lento
de notas apagadas;
después, surge el motivo,
y es su armonía extraña
inaudito concierto
de risas y de lágrimas.

Elévanse en tumulto
aquellas notas raras,

que las nocturnas aves
escuchan espantadas.
Y crecen, siempre crecen;
hasta que al fin, el arpa,
prorrumpiendo en un grito
de odio y amor, estalla!

SU IMAGEN

Las diamantinas puertas de los cielos
de par en par se abrieron para mí
que si bien por su amor pequé sin tasa,
más por su amor sufrí.
Y al ver, clavado aún hasta la entraña,
el florido puñal de su traición,
el Arcángel Gabriel quiso arracármelo
y llevarme al Señor.
Mas ¡ay! también su imágen de la entraña
arrancarme debía... y me negué.
—Para mí el cielo, entonces, qué sería,
¡oh, Arcángel San Gabriel!

BALADA FUNEBRE

A Osvaldo Bazil

A veces, al tocarme
con las manos el pecho,
mudo de espanto escucho
un ruido sordo y lento,
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas,
sobre un antiguo féretro.

Entonces, por mis ojos
que el llanto dejó secos,
como visión fantástica
pasa, triste, el recuerdo
de aquel amor tan puro
que iluminó mi pecho,
dejándolo más tarde
oscuro como un féretro.

También ante mis ojos,
ansiosamente abiertos,
de otra visión fantástica

pasa el tenaz recuerdo....
Y pienso que ella vive,
que goza y triunfa pienso,
mientras callado oprimo
con mis manos un féretro.
Y digo: si es la misma
que iluminó mi pecho,
¿por qué si alienta y goza,
bajo mis manos siento
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas
sobre un antiguo féretro?
Y busco, y analizo,
y con espanto advierto,
que si en verdad existe
la que abrasó mi pecho,
algo que en mí vivía
quedó por siempre muerto,
y aquí en mi pecho yace,
cadáver en su féretro.

LA NIÑA DE MI AMOR

LA NIÑA QUE AMO

La niña que amo tiene
tres cosas blancas:
el seno en flor, las manos
y la garganta.
Y otras tres cosas tiene
de un rosa nácar:
la oreja, las mejillas,
la fina barba.
Y tres cosas muy negras
tiene la amada:
el cabello, los ojos
y las entrañas.

ELLA ES UNA LIRA

Su hermosura vibrante
sugiere el pensamiento
de una lira que tiene
por cuerda sus cabellos.

Oh, lira, dulce lira.
magnífico instrumento
de goces y tristezas,
de risas y lamentos,
y locas esperanzas
e insaciables anhelos;
fuente de la alegría,
raudal de los tormentos,
lago de ritmos donde
boga y boga el Ensueño,
sobre lirios de espuma
y entre arrecifes pérfidos!
Bosques de las traiciones
envueltas en misterio;
panal de la encrespada
colmena del deseo;
cubil de tentaciones;
dulce jardín del beso!

Oh, lira, dulce lira,
magnífico instrumento,

recátate en la sombra,
envuélvete en silencio,
guarda tus sones de oro,
calla tu amante acento....
Que la ambición odiosa
de artistas callejeros
no profane con su hálito,
no manche con sus dedos,
las cuerdas misteriosas
que ha de pulsar un genio.

LA CANCION DE LOS BESOS

Cerrada la breve estancia
a toda impía irrupción,
en mis brazos yo tenía
a la niña de mi amor.

Su frente bajo mis labios,
queda, muy queda la voz,
un poema le decía,
que era, al par, una canción.

Y ella, poniendo en mi boca
de su mano el tibio olor,
para llegar a mi oído
entre mis brazos se alzó.

Y dijo—cual nunca linda
en la grana del rubor;
—Como tus besos, oh, amado!
no hay poema ni hay canción.

Cual tiembla bajo la lluvia,
jardín que incendiara el sol,
así el cuerpo de la amada
bajo mis labios vibró.

Y más de cien besos tuvo
el jardín en cada flor....
Que yo no daba sosiego
a mi ardorosa pasión,

Mientras mi niña decía,
siempre con trémula voz;
—Como tus besos, oh, amado!
no hay poema, ni hay canción

QUE LINDA ESTABA

Qué linda estaba ayer tarde
la niña a quien tanto quiero,
con su frente entristecida
por un oculto recelo....
Tal, a veces, blanco lirio
guarda un áspid en su seno.

Oh, qué linda con sus ojos
que eran dos diamantes negros,
y en su fulgor escondido
el mismo tenaz tormento,
asechándome en la sombra
de su doliente misterio.

Y qué linda con sus labios
apretados, como un sello
de rojo lacre en custodia
del indómito secreto,
que pugnaba por salirse
y ellos guardaban opreso.

Hasta que, al fin, hostigado
por el ardor de mis besos,
su cárcel rompió en los labios
aquel pertinaz recelo,
para deshacerse en lágrimas
y sollozos y lamentos....

Ya vencida, y toda trémula
la niña a quien tanto quiero,
vino a caer en mis brazos,
como un radiante lucero
que en el alma me cayera....
Y el alma se me hizo un cielo!

SU ORACION

Ayer la niña a quien amo
se me volvió una canción;
una canción olorosa
a incienso de altar y a flor.....
Yo la traía en el pecho
cuando la noche llegó;

todos notaban mi gozo;
tal vez oían mi canción,
mas, nadie vió que en el seno,
como un rayito de sol
bien oculto, yo traía
a la niña de mi amor.

Y así que estuve en mi cuarto,
sin más luz que mi canción,
mi cuarto quedó alumbrado
con el tierno resplandor
que ella lucía, al confiarme
la gracia de una oración
por sus labios deshojada
ante el altar del Señor:
—Hazme muy buena, Dios mío,
para merecer su amor.

Y al recordar sus palabras,
convertidas en canción,
—una canción olorosa
a incienso de altar y a flor—

también yo, con alma tierna,
me prosterné ante el Señor,
y a sus pies dije mi anhelo
en esta dulce oración:
—Guarda, Dios mío, en tu cuido
a la niña de mi amor!

LA NIÑA A QUIEN QUERIA

La niña a quien yo quería
como no se quiere más:
aquella que yo llamaba
en mi ardiente y loco afán
la estrellita de los cielos,
la espumita de la mar,
ayer se fué de mi lado
para no volver jamás.

Se fué con otro que nunca,
ay! nunca será mi igual,
ni por la gracia del verso,
ni en lo tierno del amar....

Se fué con otro, y la ingrata
ni una vez pensó quizá
cuán triste quedaba todo
lo que ella dejaba atrás:

La alcoba que echa de menos
su fragancia de azahar,
el tocador que hoy se mira
huérfano de su beldad,
y el lecho en que se juntaban
nuestros dos cuerpos, y, al par,
mi alma tan ingenua y límpida
con la suya tan falaz!

Oh, mi Dios, tú que conoces
cuánto yo la supe amar,
y cómo por su partida
en dolor el pecho está,
oye mi justo reclamo:
si un día a la igrata... Mas,
no!.... Nunca en su dulce frente
impongas mi horrible mal.

LA GARRA DE UN CHACAL

Oh, niña, quién tuviera
tu duro corazón,
y en la sutil manera
de Benvenuto hiciera,
con íntima fruición,
un símbolo que fuera
tu propio corazón!

Mi mano, noche y día
en su obra pasional,
febril trabajaría:
¿Un dardo? ¿Una gumía?
¿Artístico cristal
en que un Borgia pondría
su tósigo infernal?...

No: que mejor sería
la garra de un chacal!

NUNCA MAS

Su cuerpo, que otro ha besado
tras mí.... ¿volverlo a besar
con aquellos besos locos
que inventó mi amante afán,
y al par de ardientes caricias,
eran ritmos de un cantar
que mis labios entonaban
a su gracia y su beldad,
como estrellita del cielo,
como espumita del mar?....
Oh, mis besos en su cuerpo
ya nunca más, nunca más!

Y nunca más en sus ojos
mis labios se posarán:
sus ojos tan dulces que eran
como un límpido cristal,
en cuyo fondo asomábanse
mi amor y mi dicha al par,

y donde ahora otra imagen
y otra dicha se verán....
Oh, besar sus dulces ojos
ya nunca más, nunca más!

Y ya nunca más mis besos
en su frente anidarán,
su frente que yo tenía
por un breve madrigal,
que mis labios repasaban
con amorosa ansiedad
para encontrar los motivos
de su tristeza y su afán....
Oh, mis besos en su frente,
ay, nunca más, nunca más!

Y ya nunca más, tampoco,
ay! nunca más, nunca más!
habré de besar su boca,
tan voluptuosa, y al par
tan triste, que era su aliento

como oración matinal
saturada de un extraño
aroma de flor sensual....
Oh, besar su ardiente boca
ya nunca más, nunca más!

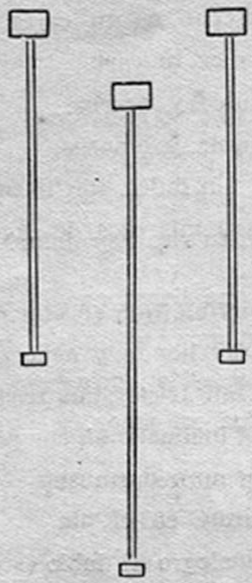
MI RISA

En nuestras horas risueñas.
de caricia y de pasión,
solía ella preguntarme:
—¿Por qué en tu risa hay dolor?

Y con besos que borraban
el enojo de su voz,
—No hagas caso, le decía,
así siempre fué mi amor.

Ayer con un nuevo amante
la hallé en amigo salón,
y al notarme alegre el labio
airada me preguntó:

—¿Por qué te ríes, mal hombre,
con tan cínica expresión?
—Oh, no haga caso, señora,
fué siempre así mi dolor!



FLOR DE INSOMNIO

Oh, mi amada querida y eterna!
La novia del alma!
¿Qué has escrito en tu carta postera?
¿Que dice tu carta,
tan dulce y acerba,
tan tierna y amarga,
tan amarga, tan dulce, tan tierna,
que ha velado mis ojos de lágrimas?

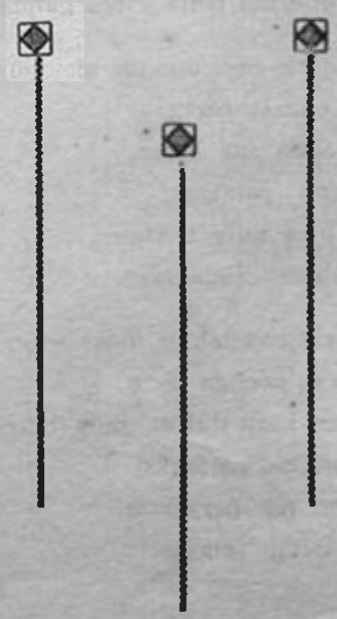
Y es lo horrible que en ella me dices
una nueva tan honda y aciaga,
y me deja tan triste, tan triste,
que quisiera, inclinado en sus páginas,
por siempre dormirme.
Dormirme en el ala
de esta noche en que aleve escribiste
tu pérfida carta....

Dormirme... Dormirme...
Y dejarte en mis versos el alma,
cual soldado a la muerte le rinde
con su vida azarosa sus armas.
Por siempre dormime!
Dormirme en el ala,
tan dulce y tan triste
de esta noche tan bella y tan pálida.

Y un sudario feliz que me hicieran
con esta tu carta,
juntando sus letras,
uniendo palabras,
palabras muy tiernas....
Palabras! Palabras!

Un sudario con tantas ideas
como tiene tu pérfida carta,
que parecen muy dulces, muy buenas,
y son tan amargas!
Y son tan perversas!
Y son tan aciagas!

Oh, mi amada querida y eterna,
la novia del alma!
Para siempre dormirme quisiera,
dormirme en el ala
tan dulce y tan tierna
de esta noche tan bella y tan pálida.



LA FLAUTA
DE PAN

AMOR IMPOSIBLE

A Ana María Garasino

Siempre gusté de contemplar el cielo!
Así, cuando era niño,
al volver del paseo, ya entre sombras,
por dulce compañera de mi ruta
la más hermosa estrella yo escogía,
que corría conmigo, si corría,
y cuando me paraba se paraba.

Después, en el regazo
maternal, intranquilo, yo soñaba
que aquella blanca estrella era la mía....
Sin reparar en mi candor de niño
todo el azul que entre los dos mediaba!

Y así, desde la infancia siempre tuve
el imposible sueño de una amada,
distante y misteriosa,

que era a la vez una fugaz estrella
en el azul confín...
Tan difícil de asir,
que corría conmigo, si corría,
y cuando me paraba se paraba.

MARMOREA

Ah! conque sois de mármol, vos, señora,
que exhaláis de la undosa cabellera
ese extraño perfume, que en la sangre
se infiltra y que de amores la envenena?

¿De mármol, vos, que entre los negros ojos,
ruborosa, ocultáis el dulce idilio
con que arrullan las nuevas esperanzas
vuestra callada historia de martirios?

¿De mármol, vos, cuyo adorable acento
es tierna nota de canción alada,
que en busca de una nota compañera
por el espacio entristecida vaga?

¿De mármol, vos, cuyo perfil romántico
fuera en un lienzo artístico prodigio,
y la sonrisa de la ardiente boca
un rasgo de la flecha de Cupido?

¿De mármol, quien oculta en el misterio
de tenue gasa y transparente blonda,
un nido perfumado, donde, inquietas,
se refugian temblando dos palomas?

Mas, si a pesar de todo sois mentira,
y vuestra carne y juventud son formas
para encubrir un corazón de mármol,
¡que un rayo os parta el corazón, señora!

CAMPAGNE

Antiguos compañeros de bohemia
el encuentro quisimos celebrar,
y del brazo los tres, como en un tiempo,
conquistamos el viejo restaurant.

Saltaron bulliciosos los recuerdos
del fondo de las copas sin llenar,
y antes que de lo añejo nos sirvieran
contó una historia añeja cada cual.

Al fin llegó, calada la visera,
heraldo de alegrías, el champán,
y Luis, violento, de un mandoble rudo
el bruñido casquete hizo saltar.

Cual rubia cabellera de una hermosa
que la impaciencia del amante audaz
esparce por el hombro, así en el mármol,
el áureo vino se esparció al brotar.

Carlos brindó: "Su cutis es de bronce,
no importa; yo comparo a mi beldad
con esta rubia que en las copas rie:
ambas, fieles, disipan mi pesar.

—Yo también—dijo Luis,—busco en el néctar
que guarda este cristal de baccarat,
el sabor incitante que me ofrece
mi adorada en sus labios de coral.

Y como yo callara me dijeron:
—¿No tienes una hermosa que elogiar?
—Oh, sí, tengo una amada que en sus crenchas
derrocha todo un sol primaveral.

Cuando en desorden ruedan sus cabellos
por sus hombros de forma escultural,
ánfora de alabastro se diría
que desparrama un chorro de champán.

Mas, ay! que eso tan sólo, por desgracia,
es la que adora el corazón tenaz:
mármol como éste que el champán inunda,
inerte mármol níveo, y nada más.

YO SERE DE TU SEQUITO

Mi bondad, mi piedad, mi mansedumbre,
cándidas flores que en mi fe de niño
logró una dulce madre cultivar:
¿a qué vivís en mi alma todavía,
si Eros, más fuerte que Jesús, me impuso
mi renuncia a la gracia celestial?....

Yo seré de tu séquito, oh, hermosa!
por quien todas las puertas del infierno
con un clamor de triunfo se abrirán,
para que pase toda
tu espléndida hermosura
y toda tu febril jovialidad.

Las tenebrosas aguas del Estigia,
que ayes tan sólo y maldiciones ruedan,
para verte su curso detendrán;
y la grita infernal de los blasfemos,
a tu sola presencia, en dulce coro
de alabanza y amor se trocará.

La torva faz del ávido Caronte,
que nunca supo de piedad ni júbilo,
su prístina sonrisa ensayará,
mientra en su rudo corazón despunta,
a los impulsos de emoción extraña,
la silenciosa flor de un ideal....

Y vendrá a tí el terrible Cancerbero,
te saltará a las faldas, tu alba mano
querrá lamer con próvida humildad,
se hará querella su feroz aullido,
y sus pupilas que inyectó la rabia
con lágrimas de amor se empañarán.

Al penetrar en la mansión maldita,
qué espanto en las tinieblas! Tus cabellos
como fragante antorcha irradiarán;
con su esplendor se incendiarán las sombras,
e inundada de luz la Selva Oscura,
será la inmensa hoguera de un rosal.

Arrastrando su orgullo como un manto
de púrpura, gallardo más que nunca,

saldrá a tu encuentro el Príncipe del Mal,
y el gran soberbio que arrostró las iras
del Señor, humillándose a tus plantas,
como una vil alfombra por el suelo
su magnífico orgullo arrojará,
para que pase toda
tu espléndida hermosura,
y toda tu febril jovialidad.

SEDUCCION

Esas rocas que altivas se levantan,
oh, mi hermosa! a orillas de la mar,
sirenas fueron que en lejano día
con su cantos de dulce melodía
hechizaban las naves al pasar.

Tenían, como tú, la faz hermosa,
como tú, de granito el corazón,
de espuma endurecida el albo seno,
que al rítmico vaivén de un mar sereno
ostentaba dos rosas en botón.

Para atraer al infelice nauta,
unían en dulcísimo cantar,
al blando arrullo de sus arpas de oro,
la tierna nota del amante lloro
y el ritmo de unos labios al besar.

Desnudas y radiantes se ofrecían....
¿Cómo esquivar la ardiente tentación?...
El que una vez, incauto, las miraba,
tras ellas a las ondas se lanzaba,
la muerte hallando en premio a su pasión.

Indignados los dioses, decidieron
en rocas las sirenas convertir,
y sus formas perdieron; mas el canto
aún sigue siendo peligroso encanto
que logra a los viajeros seducir.

De ellas son esas tiernas vibraciones
que vagan en la brisa de la mar,
armonía lejana que semeja
los arpegios de un arpa que se queja
o la canción de un cisne al expirar.

Mas, ¿qué sirena tus hechizos tuvo?
¿Cuál tuvo tu invencible seducción?
Así, ¿por qué luchar con lo imposible,
si es sino aciago o ansia irresistible
estrellarme en tu duro corazón?

MI PRISION

Cautivo voluntario en una cárcel
bella cual otra no se vió jamás,
sólo un temor mis horas ensombrece:
el temor de adquirir mi libertad.

Dos celdas tiene mi prisión hermosa,
de un verde tan brillante y singular,
que parece un incendio de esmeraldas
su fúlgida e intensa claridad.

Guarecen mi prisión rejas doradas,
tan finas y sutiles a la par,
que bien pudieran ser saetas de oro
y ornar de los amores el carcaj.

Estrecha es mi prisión, y cabe en ella,
con todo su esplendor, la inmensidad:
el cielo azul, que copia su dulzura,
y el que mis ansias copia inquieto mar.

Mas esas maravillas de lo Eterno
no son las que yo anhelo contemplar,
a toda hora en el fondo de mi cárcel
como en un terso y límpido cristal.

Yo soy pagano de la Grecia antigua,
y mi vida la vivo como tal:
prefiero una mirada a dos estrellas,
y un beso amante al cielo azul y al mar.

¡Oh qué feliz cuando impetuoso vuelco
mis celdas de esmeralda, y su cristal
el plafond reproduce en miniatura
de mi alcoba, y mi imagen además!

GOLGOTA ROSA

Del cuello de la amada pende un Cristo,
joyel en oro de un buril genial,
y parece este Cristo en su agonía
dichoso de la vida al expirar.

Tienen sus dulces ojos moribundos
tal expresión de goce mundanal,
que a veces pienso si el genial artista
dióle a su Cristo el alma de don Juan.

Hay en la frente inclinación equívoca,
curiosidad astuta en el mirar,
y la intención del labio, si es de angustia,
al mismo tiempo es contracción sensual.

Oh! pequeño Jesús Crucificado,
déjame a mí morir en tu lugar,
sobre la tentación de ese Calvario
hecho en las dos colinas de un rosal.

Dame tu puesto, o teme que mi mano,
con impulso de arranque pasional,
la faz te vuelva contra el cielo y cambie
la oblicua dirección de tu mirar.

ERA UNA TARDE

Oh, mi amada! ¿Te acuerdas? Esa tarde
tenía el cielo una sonrisa azul,
vestía de esmeralda la campiña
y más linda que el sol estabas tú

Llegamos a las márgenes de un lago.
Eran sus aguas transparente azul!
En el lago una barca se mecía,
blanca, ligera y grácil como tú.

Entramos en la barca, abandonándonos,
sin vela y remo, a la corriente azul;
fugaces deslizáronse las horas;
no las vimos pasar ni yo ni tú.

Tendió la noche su cendal de sombras;
no tuvo el cielo una estrellita azul....
Nadie sabrá lo que te dije entonces,
ni lo que entonces silenciaste tú....

Y al vernos regresar, Sirio en oriente
rasgó una nube con su antorcha azul...
Yo era feliz y saludé una alondra.
Tú.... qué pálida y triste estabas tú!

LIS DE FRANCIA

a Arturo Logroño

Leve olor de un lis de Francia
se insinúa por la estancia
donde se viste mi amor:
ese olor es la fragancia
de su ingénita elegancia,
su propio aroma de flor.

Copia en mitad de la alcoba
un tocador de caoba
su blancura de jazmín,
mientras blanda piel de loba

en el deleite se arroba
de besar su pie gentil.

No hay oro de enredadera
igual a su cabellera!
Cuando la asoma al balcón
despeinada, se dijera:
La más altiva bandera
en un reto contra el sol!

Y tal profusión de rosas
guarda en su cuerpo mi hermosa,
que su cuerpo es un jardín
de las rosas más pomposas
y raras y misteriosas
que trajo en su cesto Abril.

Altar de impolutos lirios
es su frente; cual dos cirios
arde en sus ojos la luz
que me exalta hasta el delirio
de arrostrar cualquier martirio
sobre sus brazos en cruz.

CAMINITO DE LA PLAYA

Caminito de la playa
a oscuras la amada va,
y cual ávidos lebreles
saltan mis celos detrás
husmeando los guijarros
que ella perfuma al pisar.
Y así que llegó a la playa,
fué este dulce platicar:

—Oh, lucerillo del alba,
¿tan temprano por acá?
—Vine a formar una gruta
donde te puedes bañar
libre de traidora sombra
que esconda un mirar audaz....
Y la gruta fué de estrellas
del más vivo titilar.

Oh, hipócrita lucerillo!
Oh, lucerillo mendaz!
Para qué inventar patrañas

y no decir la verdad?
Que a Venus radiante y pura
de nuevo ansías mirar,
llevando por todo velo
la tenue espuma del mar.

Uno a uno, de sus linos
desciñese la beldad,
que resbalan lentamente
sin quererla abandonar....

Como a un jirón de cielo
se aferra nube tenaz,
así en la gloria del vientre
préndese el postrer cendal,
soñando entre antojos púdicos
guardar para sí quizás
la flor más pura y más bella
del más precioso rosal....
Hasta que en tierra lo arroja
un impaciente ademán.

Desnuda! Bien lo proclama
la expectación general,

que ha convertido el silencio
en clamor de su ansiedad,
y bien lo dicen mis celos
en su ansia de echar atrás
el ímpetu de las olas
que van su cuerpo a bañar.

Un monte la frente inclina,
sus lirios florece el mar,
se hace de seda la roca,
el ambiente es un rosal,
y abanico que la adula,
la ancha penca del palmar.

Su planta mueve, y la estela
deja de un rastro fugaz....
Creyendo que el alba asoma,
rompe una alondra a cantar,
y se oye un tropel de estrellas
queriendo todas mirar
aquella hermana desnuda
que entre las olas se va.

TRAS LA SUTIL EMBOSCADA

Anoche, en el espléndido
salón de locas danzas,
ella, cual una reina,
sus caprichos dictaba
entre aleves sonrisas
y engañosas miradas,

Y el frágil abanico
que en sus manos volaba,
encubriéndole a veces
la risa, semejaba
cándida ala de un pájaro
que al borde se posara
de la más fina y pérfida
y sutil emboscada.

De improviso resuena
un preludio de danza;
en redor de la hermosa
hay tropel de casacas;

cien rivales a un tiempo
disputánse llevarla
en voluptuoso giro
a través de la sala.

Chispean las pupilas
como un choque de espadas
ansiosas de dar muerte.

Con intención dañada,
finge ella que vacila
entre la cortesana
turba que la rodea.

Pónese en pie, y su gracia
es turbador perfume
que el salón embalsama,
de la más bella y fina
flor de las elegancias.
Como en lance de vida,
la ansiedad se retrata
en los viriles rostros:
¿Quién logrará la palma?....

Ella la faz esconde
breve instante en el ala
de su abanico, y suena,
como un clarín pirata
que de todos se burla,
su alegre carcajada....
Después, indiferente,
su mano aristocrática
a uno cualquiera fía
y hacia el salón se lanza.

Abandonado yace
su abanico de nácar,
que fuera, enantes, leve,
y fina ala posada
sobre la más graciosa
y pérfida emboscada.....

De él me apodero ansioso
y con presteza y maña
ocúltolo en el pecho.
El corazón me salta

cual águila que quiere
romper su estrecha jaula.
A un rincón solitario
me acojo de la estancia.

Calladamente tomo
la prenda codiciada.
La abro con el respeto
de las cosas sagradas....
Dios mío, el abanico,
está empapado en lágrimas!

LAS CAMPANAS REPICAN GLORIA

a Clara Brache

Un milagro, Clarita, es un suceso,
tan raro cuan difícil de explicar;
como aquel Viernes Santo en que los bronces
de nuestra antigua y noble Catedral
repicaron a **Gloria**, por sí solos,
mirándote pasar.
¿Te acuerdas? Hubo espanto y hubo júbilo:
se produjo en la Misa confusión,
gente sencilla lo achacó a prodigio,
los sabios a geológico temblor,
y con la causa justa del suceso
nadie, niña, acertó.
Nadie pensó que las campanas tienen
un corazón capaz de palpitar
y estremecerse al misterioso influjo
de una gentil y espléndida beldad;
nadie pensó que el fuerte y rudo bronce
fuera capaz de amar.

¿Por qué no?.... ¿Porque es duro? ¿Porque es viejo?..
¡Vaya con la magnífica razón!
También mi corazón es viejo y duro,
y ya sabrás, Clarita, que... mas, no;
dejemos, niña, este secreto mío
para otra ocasión.

QUISO SER LIRIO UN LIRIO

A María Teresa Castell

Quiso un lirio ser lirio más que todos los lirios,
y encumbrado en tu frente de púdica beldad,
esparció por los aires su perfume de ensueño,
y fué un lampo de luna la diadema lilial.

Ardieron los jardines de envidia y ambiciones.
Ser algo en tu hermosura pretendió cada flor;
y así fueron las rosas sonrisa en tus mejillas,
y sangre de tus labios el clavel en botón.

Ah! quién hiciera un verso que se alzara en tu frente,
fuera rosa en tu risa y en tus labios clavel,
y escondido en tu pecho por la noche surgiera
para hablarte al oído ¡oh Teresa Castell!

FLOR DE BORINQUEN

¿No conocéis a Clara Josefina?
¿Nunca visteis aquella dulce gracia
que va con ella, y es como un perfume
que su blancura de jazmín exhala?

Al verla discurrir por los paseos,
alta la frente y el andar airoso,
bien se dirá que la gentil Artemis
dejó el Olimpo y se mezcló a nosotros.

Mas, no; que si su cuerpo es arte helénico,
sólo en cristiana inspiración se alientan
la casta insinuación de su sonrisa
y aquel candor que en su mirada impera.

Allá viene. Cuán linda! Que a su paso
entone el bardo su canción de ensueño,
y que los niños el sendero alfombren
de flores y de risas y de besos.

EL JARDIN DE CAROLA

SANDALO

Es su espíritu lámpara encendida
en el callado altar del sacrificio,
y son dos piedras de ese altar propicio
el duro seno en que su fe se anida.

Ni una vez su pupila enlutecida
el vértigo sintió del precipicio,
ni pudo despertarle un solo indicio
el pecado al rozarla por la vida.

Si pesada es su cruz nadie lo advierte:
de tal modo es alígera su planta,
y, como alondra, cuando sufre canta.

Breve cual una flor, será su suerte....
Y cuando muera, un suave olor de santa
perfumará los labios de la muerte.

EL BALCON DE LA AMADA

La ancha bóveda celeste
se ha llenado de luceros,
que bañan con lumbre tierna
el balconcito coqueto
tras el cual mi dulce amada
duerme un amoroso sueño....
Y es así, entre luz y sombras,
su casa un diamante negro.

Súbito, suena un cerrojo,
abre el balcón sus maderos,
y surge la dulce amada
como visión del Ensueño...
Se hace una fuga de sombras,
y un eclipse de luceros...
Ahora, es el balcón que inunda
de luz la comba del cielo.

EVOCACION ROMANTICA

Qué tiempo aquél, señora,
cuya ausencia deplora,
e inútilmente llora,
sin ninguna esperanza, el corazón!

¿Os acordáis, marquesa,
cuando en cierta ocasión
vuestro labio de fresa
a la más arrogante archiduquesa
impuso su mohín encantador?....

Roja de odios, clamó ella:—Qué osadía!
Vos pensásteis:—Magnífica ocasión!
No por galante la tenaz porfía
fué menos sanguinaria y sin perdón;
Con cuánta bizarría,
con qué arte y gallardía
vuestra fina ironía
paraba un golpe y presto daba dos!

Y después, con qué gracia
mortal, oh, flor sutil de aristocracia,
compadecer supísteis la desgracia
de la altiva rival y su dolor!

En tanto, arrebatábais a su Corte
—para ensanchar el lírico esplendor
de la gentil cohorte
esclava a vuestro amor—
dos boquirrubios Príncipes del Norte
y un incógnito Infante de Aragón.

Era yo entonces un valido paje
del duque vuestro padre y mi señor;
y tenía por gaje
la fimbria sostener de vuestro traje
si bajábais al templo en oración.

Al penetrar la gótica capilla,
con cuánta devoción
doblábamos, humildes, la rodilla:
vos, ante la Madona de la Silla,
yo, Marquesa, ante vos!

Temeroso de herir vuestro alto orgullo
así fué en sus comienzos mi pasión;
ruego que no alcanzaba a ser murmullo,
o dulcísimo arrullo
que se trocaba en férvida oración.

Mas, el mundo, en seguida,
os arrancaba a mi éxtasis de amor;
y en carrera sin brida,
allá íbais por la Vida,
arista que arrebata el aquilón.

No por ser impoluta cual la nieve,
y como el céfiro, fugaz y leve,
do quiera se posó,
dejó, Marquesa, vuestra planta breve
más ligera impresión.

Y al memorar ahora
con alma soñadora
tanta gentil comedia encantadora
de frívolo capricho o de pasión,
¿no os asaltó, de súbito, señora,

la visión turbadora
de una olvidada escena de pavor?....

¿Os acordáis?... Y ante la imagen de esa
pálida noche, atroz,
¿no sóis la fácil presa
de un pánico temblor?....
¿Decís que no?.... Juro en verdad, Marquesa,
que tenéis arrogante el corazón!

¿Os acordáis? Temblaba, suspendida,
mi escala del idílico balcón,
cuando al pie de la escala, un fratricida
entrechocar de aceros resonó;
se escucha un "ay!" de voz desfallecida,
y un último estertor!....

Entonces, del corpiño os arrancásteis
dos rosas en botón,
que a las tinieblas, pálida, lanzásteis....
¿Al que moría?... ¿Acaso al vencedor?...

Y UNA VOZ DIRA TU NOMBRE

Yo quisiera formar las nuevas letras
de una nueva palabra;
palabra sin sentido a quien la oyera,
si quien la oyera no eres tú, mi amada;
mas, tan dulce a tu oído, que en tu oído
fuera oración cristiana.
Y hacer de esa palabra un solo nombre,
único nombre de expresión tan rara,
que sólo tú pudieras entenderla,
y sólo tú lograras escucharla.
Y cuando con amigas, por el bosque,
una fresca mañana,
o en clara noche de jardín, oyeras
tenue voz que ese nombre pronunciara,
qué pronta y cándida emoción la tuya!
Tus jóvenes amigas, asustadas
al verte así, preguntarán:—¿Qué tienes?
¿Por qué te has puesto pálida?
Y tú, tranquila ya, contestarías
con suma sencillez:—No tengo nada.

AVE REINA

Te encuentro al fin, oh, tú, ideal radiante
de mis vagos ensueños de poeta!
Ven, surge a mis amores! Cuántos años
que mi impaciente corazón te espera!

Eres la misma; el encorvado tiempo
por ti pasaba sin marcar su huella;
un invierno a otro invierno sucedía
sin tocar tu florida primavera.

Mi corazón en tanto te buscaba,
y en el ardiente afán de tu belleza,
por otra vida suspiraba ansioso,
creyéndote, ay! en otra edad ya muerta.

Por mi amante a la historia interrogaba:
¿Era Beatriz? ¿Fué la gentil Julieta?
¿Fué la víctima pálida de Otelo?
¿O fué la dulce e insensata Ofelia?

Mas, mi ambición que te forjó a su antojo,
sin fe miraba a las sublimes muertas,
que para ser la amada de mi ensueño
faltaba a todas tu altivez de reina.

Te encuentro al fin! Oh, qué triunfante surges
a la extática vista del poeta!
Ante tu imagen, la ambición se calla
y su torpe cincel rompe la idea!

Nos hallamos al fin! ¿Verdad, mi hermosa,
que tú también soñaste mi existencia,
y cuando ardiente el corazón latía
tu alma a tu corazón le dijo: Espera?

Y mientras yo cruzaba entorpecido
una tras otra, tenebrosas sendas,
tú a los cielos, tú al sol, tú al horizonte,
demandabas la causa de mi ausencia?

Y no hallando respuesta a tus anhelos,
y no sabiendo en tu angustiosa pena
qué hacer, ay! con los besos de tu boca
y el perfume embriagante de tus trenzas;

A la noche, por triste y silenciosa,
te llegaste en amarga confidencia,
y diste a la ventura de sus alas
tus besos, y tu amor, y tus tristezas.....

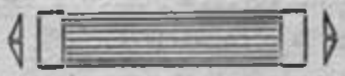
En la callada sombra, cuántas veces,
mientras sangraba el corazón de penas,
en la frente de súbito sentía
como el beso fugaz de un ala inquieta.

Y al conjuro de aquel extraño roce
mi espíritu cobraba aliento y fuerzas;
al temor la arrogancia sucedía,
nueva ilusión a la esperanza muerta.

Eran caricias de tu amante boca
que a consolar venían mi alma enferma,
a darle fe a mi corazón postrado,
y esfuerzo de titán a mis flaquezas.

Ya estamos juntos! Ya no más tus besos
a la ventura cruzarán la esfera,
ni vagará, sin dueño, en el espacio,
el perfume embriagante de tus trenzas.

Y pues ya tengo a quien ceñir de mirtos,
trepo a la gloria a desplegar mi enseña.
¿Quién disputarme el galardón se atreve
si estás ahí para premiarme, oh, Reina!



RUEGO

Al corazón le place sentirse a veces niño,
y sacúdese entonces de la sangre de Abel;
recobra sus sonrisas, su vellones de armiño,
sus quimerass con alas, sus panales de miel.

Y a la garganta sube con rumor de cascada,
como agua la más pura de oculto manantial,
fresca, límpida, suave, la plegaria olvidada
que en el pecho nos puso la dicción maternal....

Tal sentí en tu jardín, al verte ayer, mi hermosa,
por la sangre del labio, clavel más que el clavel;
por la fina elegancia, rosa más que la rosa;
y lirio más que el lirio, por candor de la piel.

Y al punto a mi memoria, en una onda muy mansa,
del lejano recuerdo acudió una oración;
no la que rezo a diario, con la sed de venganza
que un Dios impuso al alma por su ley del Talión.

Sino este dulce ruego que el amor es quien sella:
—No abandonéis su mano, oh, buen niño Jesús!
Si hay sombras a su paso, encended una estrella;
si algún peso la guarda, arrojadlo en mi cruz!....

VISIONES DE LA ALCOBA

Entre su tálamo y mi lecho media,
puente de los amores, un tapiz
que el pincel oriental colmó de rosas
y lirios y jazmín.

Cuando la amada, al desceñir sus velos,
luce como una estrella su esplendor,
una indiscreta lámpara de oro
a esas flores da vívida expresión,

Las rosas insinúan sus envidias,
el jazmín palidece de ansiedad,
y los lirios su largo cuello alargan
en silencio con tímido ademán.

La lámpara se extingue.... Mas, entonces,
surge en cada rincón
de la alcoba, un enjambre de pupilas
que revuelan del tálamo en redor.

RADIA UNA ESTRELLA

A veces se interpone entre mi alcoba
y su alcoba un silencio tan glacial,
que es como si mediaran cien montañas
de mi lecho a su tálamo nupcial.

No hay un pavor igual a este silencio
en que el ritmo del propio corazón
cual un péndulo vibra que marcara
agónico estertor.

Mas, súbito, su dulce voz me nombra....
Se hunden las cien montañas. A su vez,
radia una estrella.... Y su callado avance
es como un tímido y furtivo pie.

PIDOLE AL SEÑOR

Poco al Señor le pido para colmar las horas
de tu noble existencia con su eterna bondad:
que te guarde en su cuido, tal como siempre fuiste,
el corazón ingénuo brillándote en la faz.

Y jamás un impulso de impaciencia o despecho,
profane de tus labios esa tierna expresión
que sella tus palabras con dulzura infinita,
cual si en tus labios siempre vagara una oración.

Ser altiva y sencilla, qué difícil contraste!
Ignorar las ofensas, qué arrogante ademán!
Desarmar a los odios con sólo una sonrisa
que ilumina la sombras como un iris de paz.

Llevar las manos llenas de algo siempre bendito:
el trigo de las hambres, el agua de la sed,
vendaje a las heridas, frescor para las llagas,
aliento a los que caen, y al descreído fe....

Y pues en tí florecen las rosas más gentiles
del jardín de los cielos, que una suavidad
extraterrestre bañe mis manos pecadoras
y hágame un jardinero digno de mi rosal.

SOMBRA DE TU SOMBRA

Cuando por el dolor al fin rendido
caiga mi cuerpo en la urna cineraria,
y con pesada losa funeraria
mi memoria infeliz selle el olvido.

No por la muerte quedará vencido
mi triste amor; eterna tributaria
de tu hermosura, mi alma silenciaria
dentro de ti fabricará su nido.

Y a tu pesar, en la callada noche
escucharás el lánguido reproche
con que te llama su ferviente anhelo:

Será sombra impalpable entre tu sombra,
el roce de tu pie sobre la alfombra,
y en tu pecho de mármol será hielo.

PIEDAD CRISTIANA

—Largo de aquí, hambriento perro intruso!—
Dijo la dama, y su gracioso pie,
ágil y fuerte, rubricó aquel gesto
de impiedad y desdén.

Con ojos claros, de rencor exentos,
a su dueña miró el triste lebrel,
ahogó un sollozo en su postrer aullido,
y renqueando se fué.

Se fué a su antigua vida vagabunda
de bravo can en lucha sin cuartel,
de día, por un hueso, y en la noche
por un portal donde posar la sien.

Se fué.... La dama, en tanto, entró en su alcoba,
con finos polvos refrescó su tez,
sonrió al espejo, iluminó dos velas,
y al pie del Cristo musitó su fe.

PIERROT

Hablábase de amor, que es tema siempre
selecto en todo frívolo salón,
y como yo callara, hermosa dama
pidió mi parecer en alta voz:

—¿El amor?.... Bah, señora!.... Y dije entonces
tan lindos chistes puestos en razón,
con tanta gracia y tan sutil donaire
supe burlarme del pequeño dios,
que a poco ví la concurrencia entera
aplaudir mi sarcástica opinión,
y más de una preciosa boca roja
me otorgó su mohín encantador....

Ay! sólo tú, en tu oscura cárcel gélida,
no reías, llorabas, corazón!

OH MANO! SEMEJANTE A BLANCA FLOR

La añosa encina, cuya verde fronda
era como un hierático pendón
de fúlgida esmeralda
enarbolado al sol.

Aquella en cuya rama más erguida
su hogar feliz un pájaro colgó,
y allí, mañana y noche
alzaba su canción.

Aquella que ostentaba en su corteza,
hondamente grabado, un corazón;
y una frase también.... Oh! de esas frases
sin importancia, al uso del amor.

Yace por tierra! Y el risueño nido,
y el verde lujo desplegado al sol,
y la alta copa erguida hasta las nubes,
viles despojos por el suelo son.

Que en el silencio de la oscura noche
inicua mano sin piedad la hirió,
para borrar, tal vez, la frase amante
convertida, ay! en dato acusador.

Yo sé también de otra falaz promesa
incrustada en un noble corazón,
y de una mano que arrancarla quiso
y sin piedad la entraña destrozó.

¿Cómo pudiste tanto mal causarme,
oh, mano, semejante a blanca flor?
Oh, manos, que en los labios tantas veces
su suavidad dejáronme y su olor!

LA CANCION DE LOS RECUERDOS

Cuando yo era tuyo,
cuando tú eras mía,
qué hermoso era el mundo!
Qué alegre la vida!

Los cielos, cuán diáfanos!
La tierra, cuán linda!
Y cómo era entonces
jovial la campiña!

Mi brazo en tu brazo,
tu mano en la mía,
risueños nos íbamos
por toda la villa.

Y en nuestros paseos,
la gente decía;
—Oh! amante pareja,
que Dios os bendiga!....

Por verse en tus ojos,
el sol retenía
los doce corceles
que al alba relinchan.

Te daban las aves
gentil bienvenida;
su aroma las flores,
su aliento la brisa.

La alondra en tus hombros
soltaba sus rimas,
y el aire enfiestaban
cien mil golondrinas.

Parlera cual nunca,
la fuente corría
fugaz a llevarte
su cándida linfa.

Y mientras los céfiros
hallaban propicias
al beso furtivo
tus frescas mejillas,

Un silfo goloso
audaz entreabría
tu casto corpiño
en busca de guindas.....

Ni auroras lluviosas,
ni tardes umbrías,
todo lo alegraba
tu amante sonrisa.

Y cuando la noche
con lóbrega envidia
sus redes de sombras
falaz nos tendía.

Guió nuestra marcha
la antorcha opalina
que Venus en lo alto
del cielo prendía.

Yo, en tanto, felice,
al son de la cítara
ponía en tu oído
mi alma infantina,

En versos fragantes
de amor y poesía,
que hallaban por premio
tu boca exquisita....

Oh! boca de rosa
que un tiempo fué mía,
quién supiera entonces,
tu amarga mentira!

HUERTO DE OTOÑO

BELKIS

¿Os acordáis de aquella dulce niña
que en la tierra llamábase Belkis,
y que al nacer ya trajo en su alba frente,
cual símbolo, una frágil flor de lis?

Era tan tierna y a la par tan linda,
que bastaba con verla caminar
para que riera el labio por sí solo
con risa de cariño paternal.

Entre los bancos de infantil escuela,
como Belkis, ¿quién estudiosa fué?
¿Quién tan gentil al inventar un chiste?
¿Y quién tan dulce al prosternar su fe?

¿Y la visteis jugar, suelto el cabello
que aromas daba al céfiro sutil,
mientras su faz dos chapas ostentaba
pomas de Enero o rosas de Abril?

BIBLI... SANTO DOMINGO, R. D. NAL...

¡Qué risa tan jocunda era su risa!
¡Qué correr tan ligero el de su piè!
¡Qué malicia tan cómica en sus ojos!
¡Y en su malicia, cuánta candidez!

¡Tal fué Belkis! Fugaz estrella errante,
el canto de una alondra, blanca flor...
Y al irse nos dejó por toda huella
un arpegio, un perfume y un fulgor.

ESCENA LUIS XV

a Carlota Carrero

¿Te acuerdas, gentil Carlota,
de aquella dulce y remota
edad del galante amor,
cuando el color de tus ojos
provocaba los enojos
de un abad y de un barón?

Que eran negros cual la noche,
bajo el dolor de un reproche
dijo, celoso, el abad;
y el barón, que tus pupilas
eran dos tempranas lilas
en la gracia matinal.

Bravos ambos y altaneros,
confiaron a sus aceros
la decisiva opinión...
Si era frívolo el motivo,
no le importaba a tu altivo
insaciable corazón.

Principio al encuentro insano
marcó un gesto de tu mano
plena de gracia y desdén...
y en tanto el abad moría,
tu boca loca reía
cual la Eulalia de Rubén.

Y esa noche..... primorosa,
y alada como una diosa,
irrumpiste en el salón
del elegante minueto;
al verte, un rumor inquieto
del escándalo resonó.

Y entonces, ¡qué gesto el tuyo!,
con qué gracia y cuánto orgullo
desechaste al viejo Rey,
que quería, en desagravio,
posar su trémulo labio
en tus dedos de clavel.

Y a poco, más cortesanos,
tuvieron tus lindas manos,
que la misma Pompadour,
y fué tu triunfo más cierto...
Gracias al pobre abad muerto
y olvidado en su ataúd.

¡Oh, los recuerdos, Carlota,
de aquella época remota
que ya nunca volverá;
de pavanas y minuetos,
risas, intrigas y retos,
choque de espada y puñal!

LAS TRES HERMANAS

a Juana Ibarbourou

El poeta pasó, fija la frente
en la empinada cruz de los martirios,
donde el dolor, bajo la luz poniente,
finge que son sus dagas siete cirios.

Y en la sombra que tejen las encinas
del camino, surgieron tres doncellas:
hermosas son las tres, las tres son finas,
y altas y temblorosas como estrellas.

—Es su pupila el sol de la mañana,
prorrumpe Sonia, linda de sonrojos.
—¿Acaso por mirarte, oh! dulce hermana,
él, de los cielos, apartó sus ojos?

No; pero los fijó en una alba nube,
volviéndome esa nube su mirada.
Y en la actitud de un cándido querube
que piensa en Dios, Sonia quedó extasiada.

Nisia, núbil apenas, y el acento
de las palomas, dijo:—Primavera
fué en mi pecho su amor, cuando su aliento
en un verso rozó mi cabellara.

—¿Por qué callaste vuestra cita a solas?
—Nunca hasta hoy le ví; mas, del dolor
de su ausencia yo hablaba con las olas,
las brisas y su amigo el ruiseñor.

En celos abrasada, Cinthias, loca,
excesos cuenta del amor verdugo;
—Mis dientes fueron cárcel de su boca,
yo he exprimido de su boca el jugo.

Y con tal fuerza su pasión proclama,
que a las otras arranca del Ensueño.
—¿Dónde, hermana, os besásteis?—En mi cama.
—Mas, ¿cómo, cómo, Cinthias?—En un sueño.

BLANCA FLOR

Libres de pajes e importunas dueñas,
en el jardín, las tres hijas del rey,
¿qué es la gloria? discuten, sonrosadas
por la ardentía que en su sangre es ley.

—Llevar tras sí cien pueblos a la guerra!
Clama, altiva, la infanta Doña Sol,
novia feliz de un ínclito guerrero,
príncipe de la muerte y el terror.

Y dice Doña Inés, la prometida
del rey del oro en Londres y París:
—Competir en diamantes con la noche;
de día, con los cielos en zafir.

Su turno toca a la infantita blonda,
a quien llaman, por linda, "Blanca Flor".
—La gloria, dice.... Y habla tan turbada,
que se oye apenas la palabra "amor".

Las dos hermanas, pálido el semblante,
a la pequeña miran con desdén....
Y es que al más bello capitán de robos
la infantita ha jurado serle fiel.

CAZADOR FURTIVO

Envueltas en sus mantos contra el fresco
de la noche, las tres hijas de Iván
el guarda-bosque, soñolientas vuelven
del raudo baile a su tranquilo hogar.

Cruje una rama y Berta, asustadiza
como una corza, dice con afán:
—Ay! que susto, si en pos de nuestras joyas,
nos cierra el paso algún ladrón audaz.

Mófase Inés:—Robo gentil; tres aros
lisos; ni perlas, ni diamantes.... Bah!
Más miedo tengo al cazador furtivo
a quien padre persigue sin cesar.

Recatada en la sombra, Luz sonríe....
Su lindo anillo no lo guarda ya;
dióla a quien presto estrechará en su alcoba,
al fuerte y ágil cazador fugaz.

ALAS

Su pobreza no importa; la casita
reluce al sol como un vellón de plata,
y el can luciente y el rosal florido
bien los esmeros del hogar proclaman.

Mas, a pesar de ser tan blanca y limpia,
flota en su ambiente una tristeza vaga,
que al viajador desde el umbral acoge
poblando el alma de imprecisas ansias.

¿De dónde tal tristeza se desprende?
¿Del duro anciano, cuya frente rayan
—ilustrando quizás oculta historia—
siniestra cicatriz y arruga amarga?

¿O de la hermosa nieta que a su lado
crece, y al par de hermosa es tan huraña,
que nadie osó de amores requerirla,
temiéndole al rencor de su mirada.

Extraña juventud la de esta niña
que nunca alegre ríe, y cuando canta,
claro se advierte que en sus labios tristes
un mal de siglos su dolor exhala.

Pónese ahora en pie, la fina mano
con gesto duro por su frente pasa,
cual si espantar quisiera alguna idea,
siempre tenaz, que a su pesar la asalta.

Hasta que al fin, con ímpetu salvaje,
al torvo anciano de este modo habla:
—Quién fué mi padre, dime, abuelo, y dime,
quién la mujer que me llevó en su entraña?

Herido de estupor, sobre su pecho
el viejo inclina la cabeza cana,
mientras un historial de rapto y muerte
abre al recuerdo sus sangrientas páginas.

Mas, se repone, y con sarcasmo dice:
—¿Su noble estirpe inquiere la rapaza?
Pues, escucha: tu madre fué una frágil,
y a tu padre di muerte por su infamia.

—A mí tu hazaña no me importa, abuelo;
sólo quiero saber de dónde esta ansia
me viene de volar, volar muy lejos,
por encima de nubes y montañas.

—De tu abuela quizás que fué una bruja;
replica el viejo con creciente saña.
Mas, ella, al punto, súbito contento
al duro rostro del anciano lanza.

—Ah ! ¿tu mujer fué bruja? Ya sé, entonces,
de qué herencia me vienen estas alas
que en noches de huracán siento en mis hombros
queriéndome arrancar: Yo soy un hada !

MEDIOEVAL

Cuán otra de la altiva castellana
que en justas, caza y fiestas de salón,
mostraba al mundo su arrogante estirpe,
aparece en su alcoba doña Sol!

La frente humilde y pavorida el alma
por un fatal presagio de dolor,
la ve a sus pies la misma dulce Virgen
que de niña amparaba su oración.

Súbito, un hondo y lúgubre silbido
parte el silencio de la noche en dos....
Y una estridente carcajada vibra,
que al propio infierno diérale pavor.

Oyese un ay! profundo y lastimero,
que al par de queja es un postrer adiós.
Aúlla un can, cuyo angustioso acento
entre mil distinguiera doña Sol.

Se hincha el jardín con un tropel de gentes
que vienen, van y, en torpe confusión,
mil comentarios hacen de un suceso
que causa a todos invencible horror...

Huella un paso altanero la antecámara,
pónese en pie de un salto doña Sol,
su fiera voluntad requiere, altiva,
y en tal broquel recata su temblor.

Resuena un toque en la cerrada puerta,
detrás del toque un áspero empellón,
y asoma en el umbral un caballero,
adusto el ceño, lívido el color.

Mas se repone y, sonriente, dice:
—Un hombre ha muerto al pie de este balcón.
Rondar le ví y, creyéndolo un furtivo
cazador, mi venablo lo abatió.

Era Juan.... Ya sabéis: el jardinero....
Pobre zagal, tan apegado a vos!
Bah!.... Dadle algún dinero al triste padre,
y más no se hable de mi torpe error.

Miró a su esposo la doliente esposa,
y en confesión altiva de su amor,
el orgullo implacable de sus lágrimas
en dos límpidas perlas le mostró.

NOSTALGIA

Eramos tres que con el buen San Pedro
llegábamos a Dios:
un invencible paladín cruzado,
una niña gentil y el trovador.

Quiso el guerrero continuar su vida
de lucha por la fé,
y obtuvo la legión que comandaba
el refulgente arcángel San Miguel.

—Volver a las pupilas del amado
la niña sollozó.
Y fué un claro de luna por la noche,
y fué un beso de aurora con el sol.

Llegó mi turno, y díjome insinuante
la Suprema Bondad:
—Ya sé que el arpa de David ansías...
El corazón saltó de orgullo; mas...

—¡Oh, no, señor, que mi ambición es otra!
Arbol quisiera ser de honda raíz,
y en la ardorosa tierra que el Ozama
fecunda con sus aguas, revivir.

OCHENTA AÑOS

(Don Fed. Henriquez y Carvajal)

Ochenta años de vida en una tierra
por el rencor poblada y la maldad...
Contra el odio y la horrible sed de sangre,
se alzó su mano y fué un pendón de paz.

Ochenta años de vida consagrada
al bien, a la enseñanza y al amor...
Cuando el abrojo se clavó en su planta,
besó el abrojo y convirtiólo en flor.

Ochenta años de vida por el mundo,
débil el cuerpo, sin temblor el pie;
si hubo tristezas, las confió a su lira,
y fué su llanto un cántico de fe.

Ochenta años! La blanca cabellera
con su nimbo de lírico fulgor,
antorcha es ya de luz extra-terrestre
que va camino del Supremo Amor.

Y cual la luz de un astro refulgente
después de extinto su fulgor nos da,
tras la muerte, por siglo de los siglos,
su espíritu a Quisqueya alumbrará.

NOCHE BUENA

El que lejos de su casa
ve pasar la Nochebuena,
ese sabe lo que es frío,
y sabe lo que es tristeza.

Estrellita que en el cielo
me pareces una lágrima,
cuéntame si estás mirando
lo que cenan en mi casa.

Dando tumbos dos borrachos
pasaron frente a mi puerta,
y esta vez sentí en el alma
envidia a la dicha ajena!

Falta a los unos el vino,
a los otros falta el pan,
infeliz de mí que sólo
me falta con quien cenar!

OH, ALMA SEDIENTA DE AMARGURA

Tantas cabezas contra mí agrupadas,
tenían el aspecto aterrador
de una bandada de feroces cuervos
espiando la agonía del condor.

¿Recuerdas, oh, alma mía! aquella frente
inclínada hacia mí,
aquella frente triste y blanca, que era
como una blanca y triste flor de lis?

Tantas pupilas de expresión siniestra,
mirándome al pasar,
era la crin de rayos despeinada
que agita en su carrera el huracán.

¿Recuerdas, oh, alma mía! aquellos ojos
posados siempre en mí?
Dos gotas de rocío en cuyo fondo
fulgía un enigmático zafir.

Tanta lengua excitando en mi perjuicio
la ira de un Dios cruel,
formaba la estridente y rara orquesta
que vibra bajo el arco de Luzbel.

¿Recuerdas, oh, alma mía! aquellos labios
en oración por mí?
Tú, ruiseñor, robabas de su acento;
tú, de su hálito, oh, céfiro sutil!

Mas, mi recuerdo, es un cristal fantástico
en que el pasado asómase al revés?....
¿Por qué a los odios, tolerante acojo,
dando al olvido la traición de ayer?

¿Y por qué esquivo la fulgente imagen
de la que supo amarme en el dolor?
Oh, alma, siempre sedienta de amargura!
Oh, extraño incomprensible corazón!

TRAS SUS HUELLAS

a Margarita y Julia Amelia

En la horrible orfandad de su partida
con tres indicios me lancé a buscarla:
su cariño a las flores, su dulzura
y su exquisita ingenuidad cristiana.

Corrí al jardín; y aroma de su carne
sentí mezclarse al de las rosas cándidas:
—Por vida de tus flores, jardinero,
dime, si ella está aquí, ¿dónde la guardas?

—En carrera fugaz cruzó mis siembras;
Mas, doquiera posó su breve planta,
el cardo agudo se volvió una rosa,
límpido manantial la turbia charca.

Un buen hombre topé que su rebaño
conducía a pacer en la sabana:
—Por tu más inocente corderillo,
dime, pastor, si estuvo en tu cabaña.

—Sólo un instante iluminó mi choza
la dulce luz que su presencia irradia;
mi colmena se fué tras su sonrisa,
y tras sus hombros mis palomas blancas.

Entregado a la Biblia y al cilicio
encontré un grave asceta en la montaña:
—Dime, santo varón, sobre tu libro,
¿no la viste inclinar su frente pálida?

—En rápida ascensión a lo infinito,
como un perfume su divina gracia
derramó en mi cabeza pecadora,
y se esfumó en la nube que pasaba.

LOS TRES DONES

El hada mi madrina tres regalos
en mi cuna dejó:
un báculo florido, dos sandalias
de oro y un zurrón.

Los tres dones tomé con ansia loca
tan pronto fuí zagal....
Qué hermosa hallé la vida con sus flores,
sus campos y su mar!

Mas, a poco de andar, un cardo hiriente
fué el florido bordón;
las áureas calzas, dos pesados grillos
sujetos al dolor.

—Y en el zurrón, poeta, qué llevabas?
—Sueños.... Y, ay! de los tres
dones que me hizo el hada, el de los sueños
el más terrible fué!

ECO TRISTE

Lanzando al aire alegres carcajadas,
y del chiste extremado al blasonar,
mancebos y mancebas confundidos,
salimos de la hirviente bacanal.

Y el eco del vecino cementerio,
de nosotros burlándose tal vez,
nuestras risas y chistes repetía
con acento sarcástico y cruel.

¡Cuántos de esos que yacen olvidados
la vida atropellaron como yo,
y la conciencia que creyeron muerta,
surgiendo de una noche los burló!

LOS TRES FANTASMAS

La media noche vibra
sus doce campanadas,
y en mi alcoba penetran
tres callados fantasmas.

Posa el uno en mi frente
sus dos manos heladas,
y mis locos ensueños
del cerebro me arranca.

Cruza el otro mis brazos
sobre el pecho en batalla,
y la lucha incesante
de pasiones aplaca.

Mis pies suavemente
junta el tercer fantasma,
y en las ropas del lecho
mis miembros amortaja.

Dulce piedad y sombra
imperan en la estancia,
y un fuerte olor de cirio
el ambiente embalsama.

¡Qué olvido tan profundo
de las cosas humanas!
¡Qué descanso en el cuerpo!
¡Qué quietud en el alma!...

Mas, en la alcoba, súbito,
entra un rayo del alba,
y a lo lejos repican
alegres las campanas.

Míranse con sorpresa
las tres sombras calladas,
y en actitud medrosa
mi lecho desamparan.

¡Oh, mis fieles amigos!
¡Oh, pálidos fantasmas!
¿Por qué con tanta prisa
abandonáis la estancia,

Y otra vez dejáis libre,
en su hórrida batalla,
el espantoso bosque
de fieras que es mi alma!

CON MI SONRISA PLACIDA

Con mi sonrisa plácida de siempre,
cuya retama sólo yo probé,
me iré por los caminos de la vida....
Nadie mis huellas hallará después.

Doquiera vaya por el ancho mundo
tristeza y soledad encontraré....
Lejos de ellos, cuán buenos los amigos!
Y la amada, qué dulce en su querer!

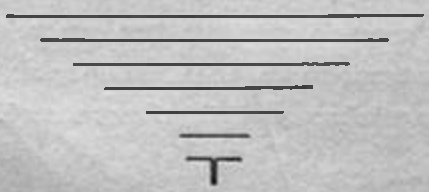
Cien leyendas, en tanto, con mi nombre
la fantasía se dará a tejer;
ora, soy bandolero en la Calabria,
ya, sátrapa feliz en un harén.

Como en la mente tierna de los niños
la ausencia nunca se trocó en vejez,
para mis nietos, el abuelo de antes,
magnánimo y viril, siempre seré.

Y en cierta noche de retozo y cuentos,
el más pequeño inventará a su vez
esta nueva fantástica:—Mañana,
vendrá abuelito en el vapor francés.

La gran noticia iniciará un revuelo
de mil juguetes que traerá el bajel:
carros y aviones, bates y pelotas,
y un tambor, y una lanza y un arnés.

En tanto, sabe Dios bajo qué peña,
—honda guarida de monstruoso pez—
o en qué caverna de animal salvaje,
blancos mis huesos dormirán tal vez!



INDICE

Página :

Exaltación Lírica, por Francisco Villaespesa... 5

PRIMAVERA SENTIMENTAL

Esquiva 11

Misterio 12

En el Atrio 13

For Ever 14

Saeta 14

Inmortalidad 15

Rima Profana 16

Es el Amor que llega 17

Plenilunio 18

Oriflama 19

Rosas y Lirios 20

No cuentes a las flores 21

Los Odios 21

En mi celda 23

INDICE

Página :

Alas Rotas 23

Quien fuera tu espejo 24

TRISTEZAS DE UN AMANECER

Hebe 27

Tu nombre 28

Que me dicen tus ojos? 28

Noche de fiesta 29

Imposibles 31

Fué un beso 32

Amargura 32

Astro Muerto 33

Nocturno 34

Su imagen 35

Balada fúnebre 36

INDICE

Página :

LA NIÑA DE MI AMOR

La niña que amo 41

Ella es una lira 41

La Canción de los Besos 43

Qué linda estaba 45

Su oración 46

La niña a quién quería 48

La Garra de un Chacal 50

Nunca más 51

Mi risa 53

Flor de Insomnio 55

LA FLAUTA DE PAN

Amor imposible 61

Marmórea 62

Champagne 64

INDICE

Página :

Yo seré de tu séquito 66

Seducción 68

Mi prisión 70

Gólgota rosa 72

Era una tarde 73

Lis de Francia 74

Caminito de la playa 76

Tras la sutil emboscada 79

Las campanas repican gloria 83

Quiso un lirio ser lirio 84

Flor de Borinquen 85

EL JARDIN DE CAROLA

Sándalo 89

El balcón de la amada 90

INDICE

Página :

Evocación Romántica 91

Y una voz dirá tu nombre 95

Ave Reina 96

Ruego 100

Visiones de la alcoba 101

Radia una estrella 102

Pídole al Señor 103

Sombra de tu sombra 104

Piedad cristiana 105

Pierrot 106

Oh, mano! semejante a blanca flor 107

La canción de los recuerdos 109

HUERTO DE OTOÑO

Belkis 115

Escena Luis XV 116

INDICE

Página :

Las tres hermanas 119

Blanca Flor 121

Cazador furtivo 123

Alas 124

Medioeval 125

Nostalgia 129

Ochenta años 130

Noche Buena 132

Oh, alma sedienta de amargura 133

Tras sus huellas 135

Los tres dones 136

Eco triste 137

Los tres fantasmas 138

Con mi sonrisa plácida 141

FABIO FIALLO

— Sus —

Mejores Versos